

LAS MOVILIZACIONES DEL 94

En México hay indicios de que algunos sectores sociales están pasando de una mera participación electoral a algo mucho más serio: a la movilización política. El término hace referencia a un tipo de actitud y acción colectivas cualitativamente distintas a las que se asocian con una mera elección. La movilización política significa, entre otras cosas, la generación de una energía social de naturaleza distinta a la normal. Como toda energía, la que proviene de las movilizaciones puede ser constructiva o destructiva, todo depende de cómo y hacia que fin se le encauce.

Hace 25 años, en el 68, México experimentó ya una explosión de energía política originada en una movilización. El gobierno de entonces eligió darle una solución catastrófica a las energías desatadas por esa movilización estudiantil que exigía la sustitución de las viejas reglas autoritarias por otras nuevas, democráticas. Hoy la exigencia democrática ha vuelto a reaparecer pero con una nueva base social mucho más amplia -abarca a grupos en todo el espectro social. El gobierno, por su parte, ha elegido una reacción aparentemente más flexible, más conciliadora, aunque, a final de cuentas, el régimen autoritario se mantiene vivo, y nadie puede asegurar que se abrirá el cauce para que la nueva energía política, que va en aumento, tenga un efecto constructivo. Todavía no es posible descargar un nuevo choque entre las dos tendencias

contrapuestas: la democrática que emerge y la autoritaria que se niega a ser desplazada. Las reglas del viejo juego político ya no funcionan, pero las nuevas aún no han sido aceptadas por todos los contendientes. Y un juego sin reglas es una invitación al conflicto.

Hace un cuarto de siglo, el poder presidencial pudo elegir entre la negociación y el acabar con quienes cuestionaban su legitimidad por la vía de un golpe duro, contundente, definitivo. Lo jóvenes que entonces habían arrojado el guante a la cara del presidencialismo autoritario estaban desarmados; su único escudo era su entusiasmo primerizo y la seguridad de la legitimidad de su demanda, lo que al final resultó una defensa muy débil en un país donde el Estado de derecho sólo tiene vigencia mientras la voluntad presidencial lo tolere. En contraste, hoy la situación es muy distinta.

En 1994, la parte más radical de quienes exigen el cambio de las reglas del juego político -el fin del ciclo autoritario de 65 años- ya está armada. Y al lado de los armados -Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)- ha surgido un agrupamiento de aproximadamente 20 organizaciones que están dispuestas a caminar en un futuro cercano por la misma ruta del EZLN para arrancar el poder autoritario lo que éste se ha resistido a conceder por la vía del voto (Raymundo Riva Palacio, *Reforma*, 18 de julio). Cómo, cuándo y dónde vaya a iniciar su acción este agrupamiento, depende en buena medida de

la evaluación que sus dirigentes hagan de la jornada electoral del 21 de agosto próximo.

El EZLN es la punta de lanza de la nueva izquierda radical mexicana. Se trata, hay que admitirlo, de una izquierda diferente a la del pasado; notable por su sensibilidad y prudencia, que ha buscado continuar la guerra de enero por otros medios; por el medio de la política y la movilización. En este momento, la energía del EZLN y de quienes le apoyan está concentrada en la organización de una Convención Democrática (CD), convocada para los primeros días de agosto en Chiapas. La CD es, finalmente, una forma de influir en el ánimo del poder para que vea en una elección auténtica, sin fraude, el mal menor. Sin embargo, sigue abierta la posibilidad de que el EZLN y sus seguidores consideren necesario volver a encauzar la energía creada por la vía de las armas.

El PAN y el PRD son la oposición no armada, la que busca ajustarse a la dudosa legalidad vigente mientras intenta modificarla. Ambos representan la decisión de lograr el cambio por la vía pacífica, por la electoral. Sin embargo, englobar al PAN y al PRD en el concepto de oposición no armada ayuda muy poco a entender la situación de la coyuntura; equivale a intentar sumar peras y manzanas. En efecto, la distancia que separa ya a ambos partidos entre sí es tan grande, que resulta ya mayor de la que separa a uno de ellos -el PAN- del gobierno. Se trata, pues, de dos caras cualitativamente diferentes de la oposición legal. En el último día de sesiones del Congreso, el

diputado por el PAN, Fernando Estrada, subió a la tribuna para declarar que, en el fondo, lo que había hecho el gobierno presidido por Salinas no era otra cosa que haber puesto en práctica propuestas que estaban de tiempo atrás en el programa del PAN, no en el del PRI. Y no hay duda que tenía razón, y mucha. La privatización de la empresa estatal, la modificación al artículo 27 en materia ejidal, el cambio en el carácter jurídico de las iglesias, entre otras muchas cosas, son viejas banderas del PAN. Es por ello que la oposición panista al gobierno encabezado por Carlos Salinas tiene que ser de una calidad diferente a la del PRD, cuyo programa, por ejemplo, no acepta el cambio en el status jurídico del ejido, tiene serias reservas frente al tipo de apertura que se dio en la economía y rechaza la forma en que se dieron algunas de las privatizaciones más importantes del sexenio: esas que hicieron de antiguas empresas públicas nuevos monopolios privados, como fue el caso de los teléfonos o del cobre.

La oposición del PAN y el PRD también es distinta porque frente al primero -víctima histórica de incontables fraudes y abusos-, el salinismo consideró conveniente, justamente por sus coincidencias en el proyecto económico, disminuir el filo de sus antagonismos y en cambio le reconoció algunas de sus victorias: tres gubernaturas y varias alcaldías importantes. En contraste, el PRD, por ser más intransigente frente a ese mismo proyecto salinista, se le castigó con una hostilidad gubernamental cerrada, sistemática; para el PRD este sexenio

resultó en materia de triunfos electorales, la travesía por el desierto, hecho que, por cierto, no disgustó al PAN.

En principio, en la democracia real, la importancia de un voto es exactamente igual a la de cualquiera. En la urna todos son equivalentes; lo mismo el que proviene del priísta, que el panista o del peredista. Ese es justamente el atractivo de la democracia: la igualdad en un mundo donde en todos los demás aspectos predomina la desigualdad. Sin embargo, hay circunstancias posteriores a la elección propiamente dicha, en que conviene recordar que la desigualdad vuelva a emerger, y que no todos los votos terminan por ser iguales.

En una democracia madura, esas circunstancias a las que se alude en el párrafo anterior difícilmente se presentan. En la democracia bien arraigada, la institucionalidad homogeneiza la participación. La rutina lleva a que, en la práctica sean iguales el sufragio que proviene de un ciudadano desinformado que el emitido por un militante apasionado y comprometido con su candidato y su programa. Sin embargo, ese no es el caso de México. Aquí la institucionalidad ya no funciona bien justamente porque se está buscando cambiarla, porque lo que está a discusión no es un mero cambio rutinario de equipo gobernante sino el cambio en la naturaleza misma del régimen. Y es natural, son muchos los intereses que están en entredicho. Para algunos, del resultado de la elección dependen privilegios que, literalmente, equivalen a cientos o miles de millones de pesos (nuevos, desde luego). Y es justamente por lo

excepcional de las circunstancias, que algunos de los votos van a ser emitidos con una intensidad y un compromiso muy superiores al de otros.

A quien observe de cerca la campaña del 94, no se le puede escapar el carácter intenso de la participación, tan intenso que se está transformando en movilización. Por ejemplo, en la gira que el ingeniero Cárdenas acaba de efectuar en la Laguna (Durango y Coahuila), resultaron evidentes dos hechos: por un lado una menor presencia de los laguneros en los mítines del PRD en relación con actos similares del FDN hace seis años - entre otras cosas, porque un buen número de los que estuvieron entonces ya emigró-, pero por el otro, resaltó una mayor intensidad en el grado de compromiso de aquellos que sí participaron, de los que volvieron.

La Laguna es hoy una región de desastre, y ello se puede comprobar lo mismo con las estadísticas que con la simple vista. La región está sembrada, pero ya no del algodón que en el pasado le dio fama y riqueza, sino de forraje o frutas de bajo precio. Lo que fuera el asiento de la Tlahualilo Land and Colonization Company -uno de los *agrobusiness* más exitosos del porfiriato-, luego el origen de uno de los grandes ejidos colectivos cardenistas y finalmente, en la postguerra, una importante zona productora de divias por la exportación de algodón, hoy es un pueblo derruido -casas, bodegas, despepitadoras, calles, vehículos-, en total decadencia, que trata de sobrevivir produciendo, entre otras cosas, melones,

cuyo precio baja cada vez que se obtiene una cosecha abundante, como es hoy el caso.

En la zona lagunera, las concentraciones cardenistas en medio del camino o en los pueblos y ciudades, mostraron, sobre todo, una clase campesina empobrecida, frustrada, irritada. El enojo -la furia, incluso- era evidente lo mismo en los discursos de los líderes locales -entre los que destacaban los maestros, tan funcionales al priísmo en el pasado- que en las actitudes de quienes los escuchaban: hombres viejos y jóvenes, mujeres y niños. Ya no eran los laguneros nostálgicos y agradecidos con el hijo de quien les dio la tierra; ahora eran otros, que buscaban en Cuauhtémoc Cárdenas al vengador de agravios y al líder que les ha de abrir la puerta que otros, desde el poder, cerraron.

En la Laguna -y en otras partes de la geografía mexicana-, hay ya una situación que va más allá de la movilización política. Y la movilización significa que quienes son parte de ella tienen la voluntad de actuar no sólo como electores sino después de la elección. La movilización nos es otra cosa que una "activación de las masas" para la acción. La movilización es la forma en que una organización política intenta aumentar su capacidad de negociación frente a los rivales. El PRD no está preparando a sus seguidores para la acción armada, pero ya es claro que no descarta a otros tipos de acción si sus líderes concluyen que en la elección del 94 se jugó con las mismas cartas marcadas que en 88.

En conclusión, a todos nos conviene tomar muy en serio las movilizaciones del 94, pues constituyen parte del marco en el que se va a dar no sólo la elección de agosto, sino lo que es más importante el proceso político que vendrá después: la transición.